

MARIANO PUDÚ

# SUEÑOS DE LA NIEBLA

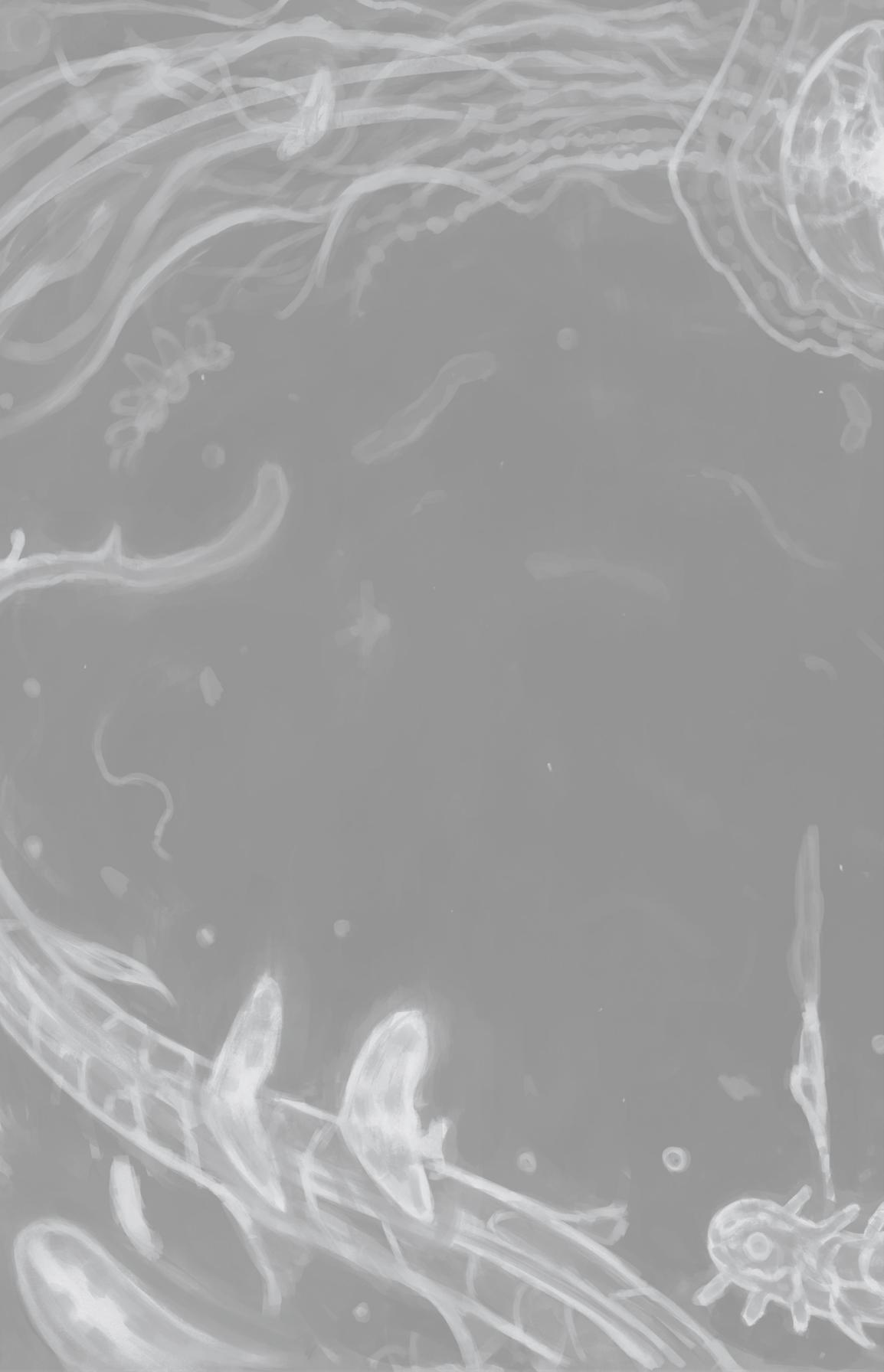
*falsanoche*

FANTASÍA









SUEÑOS  
DE LA NIEBLA



MARIANO PUDÚ

SUEÑOS  
DE LA NIEBLA

*falsanoche*



*Sueños de la niebla: falsanoche.*

© 2023, Mariano Pudú

© 2023, Tríada Ediciones

San Antonio #19, of. 702  
Santiago, Santiago de Chile  
[www.triadaediciones.net](http://www.triadaediciones.net)

Colección Fantasía

Impreso en Chile  
Primera edición, mayo de 2023  
ISBN: 978-956-9362-XX-X  
Registro de Propiedad Intelectual: 2022-A-5571.

Diseño de portada y diagramación interior:  
Tríada Ediciones

Ilustración de portada e interiores:  
Matías Cabezas

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

*“A usted, abuelita Lala;  
que no entendió de tinta,  
pero sí de dolor.  
Tome mate en el cielo,  
y échelos leña a las estrellas”*

*“La diosa matrística es acogedora y generadora de libertad;  
el dios patriarcal es exigente de obediencia y generador de  
sometimiento”.*

H. Maturana.



# Asham



- Izdi/Barrio*
-  Asham
  -  Huilque
  -  Choique
  -  Culebra
  -  Caracol
  -  Voqui
  -  Pudú
  -  Tordo
  -  Quenle
  -  Takiin/amapola
  -  Chilco
  -  Turquesa

1. Palacio de gobierno
2. Moshagat
3. Pucará de los pájaros
4. Camino del choique
5. Barrio de las animitas
6. Estanque Ulturi
7. Fonda de Yola
8. Refugio de Manalut
9. Estanque Takiin
10. Brecha



— PRÓLOGO —

## DE PASO POR LA MADRESOMBRA

*«Tu sangre es mi sangre, hermana.  
Una Diosa alimenta a otra».*

El tablón se golpeaba con intensidad en medio de la negrura.

Yashari pensó en saltar y arrancarlo de sus goznes chirriantes, pero la simple idea la disuadió. La fuerza que lo sacudía no tenía nada que ver con el viento que conocía del Crisol. Los fotobios se amontonaban alrededor del cartel haciendo un incomprensible baile en medio de la noche eterna de la Madresombra; puntitos de luz azul tejidos en el manto impenetrable de oscuridad.

«Diosa, quiero salir de aquí», pensó.

Las imágenes que acudieron a su mente al recordar a la Diosa la sumergieron en una segunda negrura más profunda que la primera al cerrar los ojos. No quería pensar en colores ni formas. No sentía deseo alguno de exigirle más a su cerebro cansado. «Quiero salir de aquí» se corrigió.

Echó un nuevo vistazo a las sombras casi palpables y vislumbró el brillo tenue de las mujeres en el suelo. Inspiró una nueva bocanada de aire tibio y amargo y rezó hacia sus adentros para no tragarse nada que no pudiera ver: los fotobios alrededor del cartel representaban apenas una pequeña parte de todas las formas de vida que habitaban la Madresombra. Yashari se cansó de solo pensar en ello. El aire estaba cargado de materia orgánica y plasmática luchando por conseguir un lugar en la implacable trama trófica.

—Yashari, ¿estái ahí, hermana?

La voz parecía venir desde lejos de tan débil que era. A Yashari le recordó la de una amiga, de una hermana de armas, una compañera. Cuando se giró para dejar de mirar el tablón y enfocar con sus sentidos

el origen del sonido, se encontró con otra persona. Apenas una sombra de la que había sido.

«Alisha, oh, pobre Alisha».

—Aquí estoy —respondió, acercándose.

Alisha estaba acurrucada en un rincón del edificio con la espalda apoyada en la pared. Jadeaba. Cada una de sus inspiraciones era más desesperada que la anterior, a pesar de que su brillo era más fuerte que el de las otras dos mujeres tumbadas en el suelo. Yashari concentró su Neural en Alisha y, de inmediato, sus dedos mentales sondearon un cuerpo que conocía demasiado bien. O que había conocido. Los músculos ya no tenían la firmeza de antaño. La piel agrietada era como de barro seco. Las ropas hechas jirones y manchadas de sangre, igual que las suyas.

—No puedo sentirte —musitó Alisha. Recibiendo el trago de agua que le ofreció Yashari de un cuero medio vacío—. Se está poniendo oscuro.

—Aquí siempre está oscuro —respondió Yashari—. Estamos en la Madresombra. Es tu mente la que se está apagando.

Alisha rio.

—Ya sé. Esperaba que me dieras algunas palabras de aliento.

—Está delirando. Es mejor que cerrés los ojos y recuperéis fuerzas. Trata de dormir un poco, mejor será.

—Cuando cierro los ojos, sueño con *ella*. —El brillo que emitía la mujer se intensificó por un par de latidos—. Quiero que deje mi mente, Yashi. Quiero... quiero que me deje. Ya sé lo que tengo que hacer para que me deje. Debo ir. Tengo que ser yo quien la controle a *ella*.

Yashari torció el gesto y cambió el peso de una pierna a otra. No le gustaba hacia dónde estaban yendo los pensamientos de Alisha, y durante un tiempo, quiso creer que había recapacitado. Sabía que se equivocaba. No había hecho más que proyectar una mejor versión de su compañera, una que jamás podría igualar la verdadera Alisha. Aquella perdida para siempre.

—No podemos irnos todavía —objetó Yashari.

—¿Por él? —La otra dejó salir una carcajada gutural al tiempo que hacía el amago de apuntar más allá del dintel, donde el flujo de corrientes plasmáticas imitaba el viento de otro mundo y otro tiempo. Más allá, hacia una ciudad devorada por la indiferencia de las sombras—. No volverá. Lo sellaste. Lo matamos todas las veces que teníamos que matarlo. ¿Cuántas fueron? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Mil? Y no se ha levantado de nuevo.

—Estái muy débil para moverte.

—Y no voy a estar más fuerte. —La mujer tuvo el descaro de sonreír—. Tú tampoco.

«En eso te equivocái, Ali».

Yashari suspiró. La lucha con la criatura les había costado la vida de cientos de Hermanas. Tras los largos meses de combate, Yashari no sentía ni un ápice de complacencia en haberla derrotado al fin.

«No fue más que una distracción. El problema que tenemos es otro. Y tú, Alisha, no vai a hacer nada para solucionarlo».

La voz de Alisha era apenas un susurro, pero aún se aferraba a ella un jirón de autoridad. Durante mucho tiempo Yashari la había obedecido sin chistar, sin cuestionarse sus propias motivaciones, tragándose sus resquemores y ocultando sus opiniones bien lejos de su escrutinio divino, ya que Alisha nunca se equivocaba.

Alisha, la líder. La mejor guerrera. La Matriarca. Cuyas lágrimas tenían la capacidad de sanar el dolor. Alisha Llanto de Plata. La Alisha que unió a los Matriarcados para enfrentarse al Malikato. Quien removió a Costilla del cuerpo de la Diosa.

«Alisha, la de la mente devorada por la animalidad, doblegada por... *ella*. Alisha, oh, pobre Alisha».

Ahora estaba frente a ella, convertida en un espantajo de telas y sangre seca. Verla en ese estado le despertó más placer que la muerte del Quiromante. Alisha ya había perdido el control de su dolor, había alcanzado su punto de quiebre. No podía hacer nada más por ella. Aunque quisiera, aunque un ápice de lealtad la atara a su carne y su sangre, no podía hacer nada más.

Yashari buscó convencerse pensando en los destinos horribles que le esperaban de no tomar la decisión que, sabía, sería su salvación.

El brillo tenue de las otras mujeres había desaparecido; se habían vuelto parte de la oscuridad uniéndose a la noche eterna. Nunca saldrían de la Madresombra y su materia pasaría a formar parte de la Vía Límbica del Universo.

—¿Me lo estái dejando difícil, cierto? —musitó Alisha, forzando el acento ashami con poco disimulo, como cada vez que quería congraciarse con ella, buscando una empatía que no llegaría—. Ya sé que no querís, pero es lo que tengo que hacer. La Diosa y yo...

—No erís la primera que tiene ese pensamiento —le cortó Yashari. Ya estaba aburrida de su orgullo, de su convicción sagrada, de su co-

metido divino—. Son mentiras, Ali. Esto está más allá de lo que tú o yo podemos comprender. Pero te negái a creerlo. Te negái a aceptar que erís insignificante. Que todas lo somos.

Un fotobio con forma de medusa y del tamaño de un puño se desvió del cartel y sobrevoló a las mujeres. La criatura pulsaba sus órganos internos con el ritmo de un corazón, y a cada bombeo sus colores pasaban del turquesa al púrpura brillante. Era atraído por el escaso control álgico de Alisha. Para Yashari, huir con ella sería equivalente a suicidarse; cualquier algífago podría emboscarlas y ya no les quedaban fuerzas para seguir luchando. No, no podía hacer nada por Alisha.

Pero sí que podía usarla.

Afuera el cartel seguía aporreándose.

Se acuclilló otra vez al lado de Alisha y sintió los dedos mentales de su Neural tanteándole el rostro. Eran débiles como los apéndices desesperados de un insecto moribundo. Alisha la observaba con sus ojos físicos y mentales.

—Ya se te pasó el efecto de la muerdeumbra —dijo con un quejido—. Puedo ver tu ojo tormentoso.

Yashari le sonrió sólo con los labios. El último elixir de potencia sensorial se había diluido en sus venas y sus ojos abandonaron la negrura profunda en la esclerótica.

«Mi ojo tormentoso», pensó Yashari, con una nota de angustia. Era imposible ver a su compañera y no pensar en el camino que recorrieron juntas. En lo vivido. En lo que había soportado. Todo lo que había callado. Todo lo que había sufrido por ella.

Yashari se acercó un poco más a la moribunda Alisha y apoyó una mano en su mejilla izquierda, como tantas veces hizo en el pasado. Le rozó con las yemas de sus dedos los pómulos. Dibujó con el pulgar la comisura de sus labios. Luego enterró las uñas en la carne de su compañera. Antes de que Alisha pudiera protestar, Yashari retiró la mano y le dio una cachetada. La mujer no tuvo la voluntad para volver la cabeza a su posición original. El brillo álgico de Alisha se intensificó durante un par de latidos y luego languideció.

Yashari deseó durante mucho tiempo ver la derrota en los ojos de Alisha y ahora que tenía el espectáculo a su alcance, solo podía apartar la mirada.

—No puedo dejarte volver —musitó.

Alisha tiritaba.

—Está enferma, Hija de la Noche. ¡Loca sinmadre!

—Siempre te fue tan fácil insultarme. —Yashari suspiró, conteniendo la amargura con un gesto hosco en los labios. No podía ocultar el temblor en el párpado cada vez que Alisha la hería de esa forma—. Pero yo preferí callar. Callar y aprender. Y algo que aprendí es que no podís volver.

—Eris una... erís... Yo confiaba en ti.

—Yo también, Hermana.

Alisha hizo el amago de un llanto, pero ya no tenía lágrimas mágicas que derramar; su agua se había esfumado junto con su reserva algica. La Matriarca estaba quebrada. El fotobio solitario hizo una curva en el aire y flotó sobre sus cabezas, como si sintiera una curiosidad genuina por la conversación de las mujeres.

—Lo sabrán. Te van a descubrir. La Diosa... tiene que ser restaurada. Necesitamos...

—Es ella la que nos necesita —la interrumpió Yashari, molesta. Tomó el rostro de Alisha entre sus dedos y se acercó un poco más hasta sentir su aliento. Alisha era una mujer de rasgos afilados y duros; una sacerdotisa guerrera tallada en madera resistente. Yashari quiso creer que esa última mirada a Alisha estaba determinada por su inevitable decisión, y no, en cambio, con el súbito deseo de verla sonreír, aunque fuera solo una vez más—. Es ella la que te necesita a ti.

Alisha cerró los ojos y suspiró. Se había dado por vencida.

Yashari recurrió a su reserva. Visualizó su vesícula algica, ese órgano intruso donde la energía se acumulaba, haciéndolo palpitar. Abrió la válvula para que el poder bombeara por su cuerpo y activó su Sello Muscular. La estancia se iluminó de golpe con su fulgor.

Dejó que el poder recorriera su estructura, como un millar de hormigas carnívoras cebándose en su carne expuesta, abriéndose paso entre venas, arterias y capilares.

—Al menos ten la valentía de hacerlo tú misma —ultimó Alisha.

Había descubierto las intenciones de su compañera.

Yashari sintió el dolor atenazándole los músculos mientras su reserva irrigaba poder a su carne. Era momento de expandirlo, de conectar nuevos nodos, de abrir un nuevo sello. El dolor serpenteó hacia sus huesos, helándole hasta la médula. Ansiosa, apretó los dientes, que también sufrían las corrientes de dolor desatadas por todo su cuerpo.

Abrazó a Alisha y ella se dejó abrazar, primero con reticencia y luego con resignación. Yashari susurró una oración sutta y de golpe liberó el Sello Óseo.

Las esquirlas de los huesos de Yashari salieron disparadas como saetas, clavándoseles a Alisha desde el pecho hasta la mandíbula. Ambas mujeres quedaron unidas en un abrazo mudo donde los huesos se abrieron camino a través de la fibra muscular y mantuvieron su forma con la voluntad del dolor controlado. Las costillas de Yashari se extendieron como espinas hasta alcanzar la vesícula álgica de Alisha.

Entonces, comenzó a vaciarla.

El poder, la sangre y el dolor fluyeron de un lado a otro.

El fotobio se acercó un poco más y al poco andar, otros semejantes entraron en la estancia. Revolotearon bajo el techo formando una espiral, bombeando y brillando como estrellas vivas, con sus pulsiones graves y rozando sus cuerpos en el aire cargado de energía.

Yashari sintió como si pasara una eternidad hasta que percibió que la voluntad de su compañera se extinguía en el envase vacío de su cuerpo para ser traspasada al suyo. Estaba confundida. La cabeza le daba vueltas y las arcadas la hicieron doblarse y forzar las extrusiones de hueso hasta casi partirse. Transcurrieron unos pocos latidos. Fueron cien, quinientos, todos los que le quedaban a su corazón. Creyó que sería sencillo, que la reserva fluiría de un lado a otro y que al finalizar estaría rejuvenecida en un instante. Se había equivocado otra vez.

«Ya debería estar acostumbrada al fracaso».

La algia que había absorbido no era solo física, sino que también habitaba en su mente y sus sentidos, como si el experimentar la realidad fuese una potencialidad dormida a punto de estallar en una tormenta de nitidez y fría certeza. Temió que la hiperrealidad que se había apoderado de su cabeza tuviera más que ver con otro tipo de dolor, uno más profundo y duradero. Más incomprensible.

Gritó y la luz escapó por su boca en vaharadas de vapor. Su hueso se calcificó contra Alisha. La inmersión del intercambio álgico diluyó los límites de su propiocepción.

Debía volver y encontrarse a sí misma como sistema cerrado, recuperando su indivisibilidad.

«El miedo al dolor debilita mi mente. Mi mente débil agoniza, mi mente fuerte asciende».

Transcurrió una eternidad antes de sentirse lo suficientemente fuerte para que sus huesos volvieran a la posición original en su cuerpo. Con temblores y violentas sacudidas, sus extrusiones se retrajeron y volvieron a ocultarse en su carne. Liberó la carcasa de Alisha de su abrazo óseo y esta se deslizó por la pared, inerte. Ya no había ningún brillo en ella.

En cambio, Yashari resplandecía.

La sacerdotisa se puso de pie, aún mareada por haber asimilado el poder que ahora ardía en su pecho junto con su propia reserva. La sensación de un grito constante en algún rincón de su mente le impedía ordenar del todo sus pensamientos.

«Despierta tu cuerpo para despertar tu mente».

Reforzó su Sello Neural y de pronto el mundo se convirtió en un lugar visible. Lo extendió por la tierra y descubrió la forma general del edificio en el que se encontraba; dos plantas hechas de roca, tres cadáveres esparcidos en el suelo de cerámica. Había un saco de miembros amputados del cual se desprendía una ominosa aura de poder, y un poco más allá, apoyada sobre la pared, la espada de hueso de la que Alisha se había apropiado: Costilla. Sintió a los fotobios pululando como un enjambre de vida en el aire, pendientes de ella, excitados.

Expandió su mente más allá del edificio y sondeó las techumbres rotas del poblado. Sus inusuales dinteles de piedra con figuras talladas que contaban historias de cuerpos extraños desvanecidos en las eras. Sus dedos mentales cruzaron pasillos y patios y antiguos jardines donde ahora crecía una flora agresiva y peligrosa, y se extendieron más allá de las colinas, entre las ruinas desgastadas de una fortaleza destruida hace centurias.

Sintió la presencia de su propia espada de hueso, Espina, clavada en el suelo, exactamente donde la había dejado. La hoja atravesaba la carne de la criatura que había muerto muchas veces. Demasiadas. Pero nada le hizo pensar a Yashari que volvería a levantarse de su destino final. Alejó su mente de aquel lugar y se concentró en sí misma. Debía ser cautelosa con la energía que le quedaba.

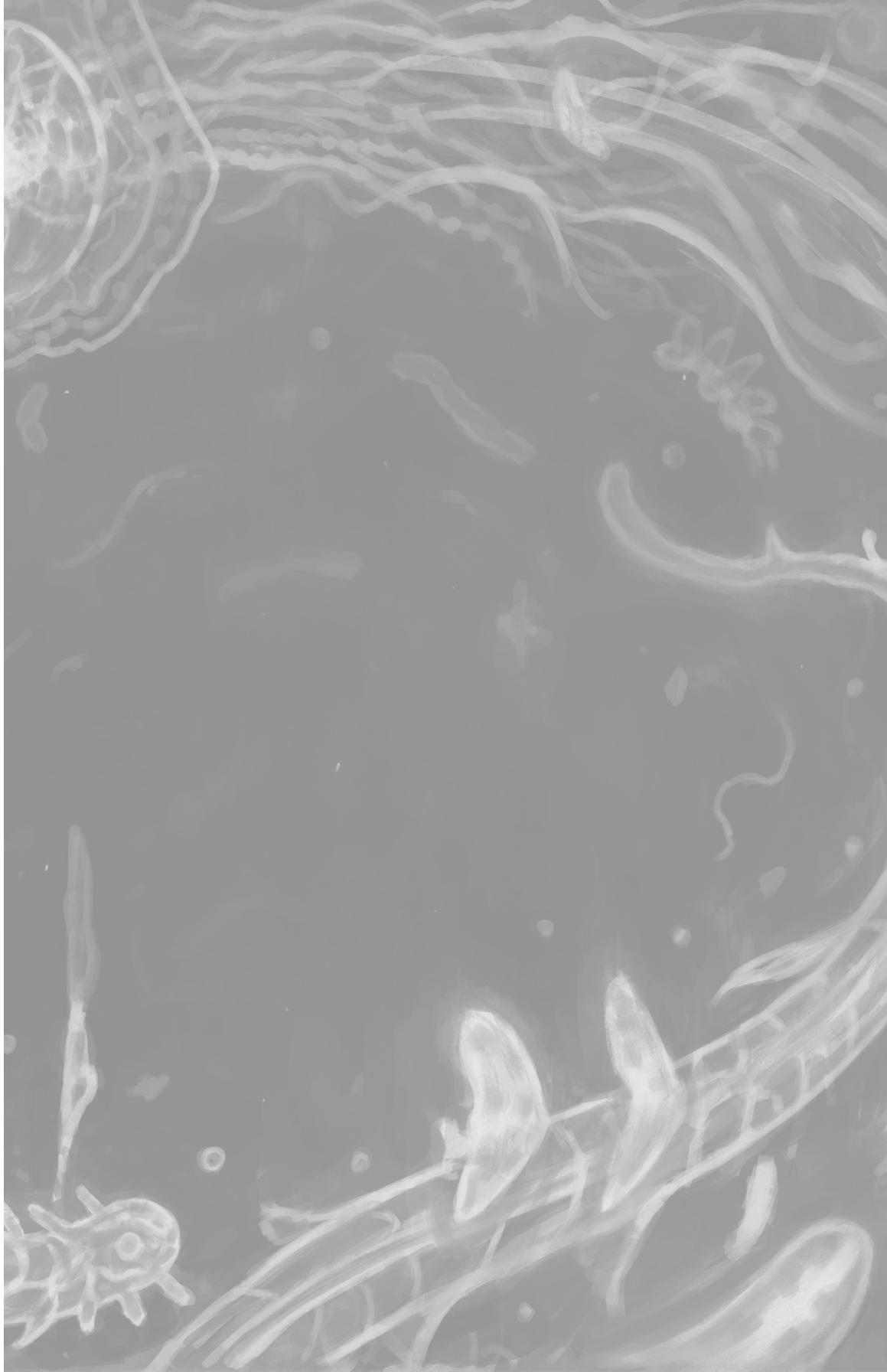
Fue consciente de músculos, nervios y huesos. Reconoció el aroma de flores y animales, y le picó la nariz por el olor de la sustancia ácida que venía a ratos en corrientes cálidas, en medio del omnipresente sabor amargo que le castigaba el paladar desde hacía meses. Alcanzó a escuchar el último latido de Alisha antes de que su cuerpo se sumiera en el silencio.

«Alisha, pobre Alisha».

Caminó hacia el fondo de la habitación y tomó a Costilla. De inmediato, la presencia de la espada la puso a prueba. La voluntad del arma se rebeló contra su mano, liberando una oleada de repulsión que Yashari tuvo que someter. Le llevaría un buen tiempo acostumbrarse a la hoja, pero no dejaría pasar la oportunidad de blandir la legendaria espada. Costilla, el arma de una verdadera caminante de la Madresombra.

Tomó el saco con las manos mutiladas y se alejó de la ciudad en ruinas.

Tras ella, el cartel siguió golpeándose a un compás enloquecedor y no quedaron más que los fotobios para oírlo.





Para enterarte de este y otros títulos, síguenos  
en [www.triadaediciones.net](http://www.triadaediciones.net) y en nuestras redes  
sociales: Facebook, Instagram y Twitter como  
[@triadaediciones](#)

En Asham, la religión de la Diosa ya no tiene la autoridad de antaño; luego de la Guerra de las Hermanas, las órdenes de sacerdotisas guerreras se retiraron y el Matriarcado abandonó la Ciudad de los Mil Pozos. Asham se llenó de mendigos y niños abandonados que ven como única salvación al culto del Dios Dormido. El poder del Malikato crece y su amenaza tiene el eco de cadenas.

En la Pampa, Viqqe, una orgullosa novicia del templo de Laij, aspira formar parte de la Hermandad Descalza y convertirse en una de aquellas que luchan contra las aberraciones de la Oscuridad. En Asham, Manalut, un niño que despierta la devoción de las multitudes, predica una doctrina de rebelión contra la injusticia del Malikato.

Pero el tejido está roto y la Madresombra se cuele en el Crisol como la infección en una herida. En el cielo cargado de fotobios se ha visto una misteriosa criatura, presagiando lo que podría ser el inicio de una nueva Devastación, siempre precedidas por la frecuencia de falsanoches.



triadaediciones



@TriadaEdiciones



triadaediciones

Este libro fue  
seleccionado con  
el Fondo del Libro  
y la Lectura, en la  
categoría Creación.



Ministerio de  
las Culturas,  
las Artes y  
el Patrimonio

Gobierno de Chile

